

LAS FIESTAS RITUALES DE LA CANDELARIA

P O R

Carlos Lavín

EL valle encantado que descubrió Diego de Almagro al arribar a tierra chilena, después de traspasar los Andes desde el lado argentino y haber cruzado el hórrido despoblado de Atacama, fué bautizado por los castellanos con los nombres más placenteros. Al mismo paraje llegaron, a los pocos años, los expedicionarios que mandaba Pedro de Valdivia, quienes confirmaron esos buenos augurios, pero debieron acatar la denominación indígena de Copayapu.

Como el Partido de Copiapó se le conocía hasta 1744, y sus feraces tierras se repartieron en las encomiendas de Francisco de Aguirre. Por herencia o adquisición las cultivaron después el Marqués de Piedra Blanca de Guana (Juan Morales Bravo), los descendientes del Conquistador Pedro Cortés Monroi y posteriormente los vástagos de las familias Bravo, Montero, Monardes, Mondaca, Cisternas, Mercado, Mandiola, Cereceda y Cartabio, disputando mercedes y terrenos a los Caciques Barandole y Taquía y a la india Bartolina Chillimanco, últimos representantes del señorío indígena.

En la fecha precipitada, el Gobernador Manso de Velasco hizo fundar ahí la villa de San Francisco de la Selva, edificando una ermita entre los bosques de algarrobos y chañares y constituyendo un Cabildo que compartía la jurisdicción del Corregidor Francisco Cortés. En las postrimerías del siglo XVIII quedó consumado el despojo de los títulos indianos y la translación de la humilde prole al arrabal levantino del término urbano de Copiapó. Se colocó el nuevo poblado bajo la advocación de San Fernando—honrando al Príncipe de Asturias, después Fernando VI—y con la denominación de «pueblo de indios» persistió hasta 1836. Por esos días solamente el cabildante Adrián Mandiola protestó del desalojo total de la stirpe indiana y la cancelación de todas las mercedes. Patentizando, sin embargo, una rehabilitación espiritual de los fueros indígenas persistió en la humilde iglesia—hoy derruida—de este poblado, el culto de nuestra Señora de la Candelaria y las fiestas rituales que exaltan esa devoción en el 2 de Febrero de cada año.

* * *

Aquella Virgen que en el día de la Purificación acuden a venerar los fieles, portando sendas candelas encendidas, cuenta en Chile

con dos célebres altares. Colocados en extremos opuestos del suelo patrio simulan los refugios y asilos espirituales de regiones bien características y congregan cada año millares de promeseros.

Ardua sería la tarea de asemejar estos sitios de leyenda, que tanto han contribuído a fortificar el sentimiento religioso, el uno en las comarcas marítimas del Canal de Chacao (Carelmapu) y el otro en el oasis copiapino del desierto atacameño. Si bien celebrado ha sido el primero por la literatura nacional, persiste el segundo como una incógnita en los anales del culto y no se le ha señalado hasta ahora en la alcurnia que le está destinada por su alta significación tradicional.

Las festividades candelarias de Atacama congregan a los descendientes de aquellos humildes trabajadores que en las galerías y pozos argentíferos de Copiapó y Chañarillo gestaron gran parte de la riqueza nacional; y, en los múltiples actos que las integran sobreviven los ritos paganos de los indígenas. La aparente irreverencia de danzar—rindiendo culto—ante los ídolos, y después, delante de las santas imágenes de la Iglesia, hubo de ser tolerada por los misioneros hispánicos—tal como en toda América—en el doble carácter de servicio público y oficio divino.

Cofradías y hermandades de danzantes fueron organizándose entre los mineros y desde la época del Coloniaje la lejana villa de San Francisco de la Selva fué acumulando los votos de alabanza y toda la veneración del gremio por la Reina del Desierto. En oposición a casi la totalidad de las convocaciones religiosas del norte de Chile, la fiesta candelaria se ha venido singularizando en Copiapó y dentro de un desarrollo de grandes proporciones, por el más intenso nacionalismo. Toda adaptación o incorporación extranjera ha sido desechada y bastaría esta consideración para señalarle una categoría única entre los cultos norteños.

La vieja iglesia y el nuevo templo de San Fernando, situados a unos tres kilómetros al oriente de Copiapó, y en la parte más atractiva y riente del valle, albergan multitudes de fieles. Comienzan los oficios el 24 de Enero y se les da término el 2 de Febrero con una solemne procesión que clausura la «novena» y la serie de misas.

* * *

En la esplanada que separa las dos iglesias votivas tienen lugar las danzas y los cortejos de penitentes. Suben las columnas hasta el atrio de la principal o bien, se asilan entre los muros derruídos

de la más antigua; prosternándose cada uno ante las sagradas figuras. Componiendo una arcaica silueta triangular y rotundamente hispánica la carcomida y diminuta imagen de la Candelaria ofrece un cautivador contraste con la modernidad y el suntuosísimo atavío de la nueva y milagrosa efigie. Fueron los indios los que descubrieron la sagrada estatuita en una cueva de las vecinas serranías y el célebre párroco Domingo Carmona le forjó un relicario en una rústica capilla a fines del siglo antepasado.

Entre los peregrinos y oficiantes que integran la grey copiapina no militan los hombres de la gleba sino los orgullosos descendientes de los «apires» y de los «cangalleros». Aun disfrazados conservan la señorial postura de los antepasados que portaban talegas repletas de onzas y doblones. Con sus broncíneos rostros y su andar pesado representan ellos los callados hombres del norte y los linajudos próceres de la aurífera mesnada. En sus ritos pagano-cristianos rechazan decididamente los bailes zoomórficos tan cotizados más al septentrión, el pueril estrépito de sonajas y panderetas y los bordones huertanos—ya los de Andacollo usaban los instrumentos de cuerda desde antes de 1831, según Gay. En esa misma línea de pulcritud han rechazado el uso de las dalmáticas, casacas, capotes, túnicas, togas, dolmanes, etc.; y, en especial, aquellos tocados exóticos que representan los «resplandores» de las pieles rojas (Tarapacá), los cucuruchos y bonetes (Andacollo), los morriones (La Tirana), las plumas erguidas (Mamiña) y demás efectos de morralla.

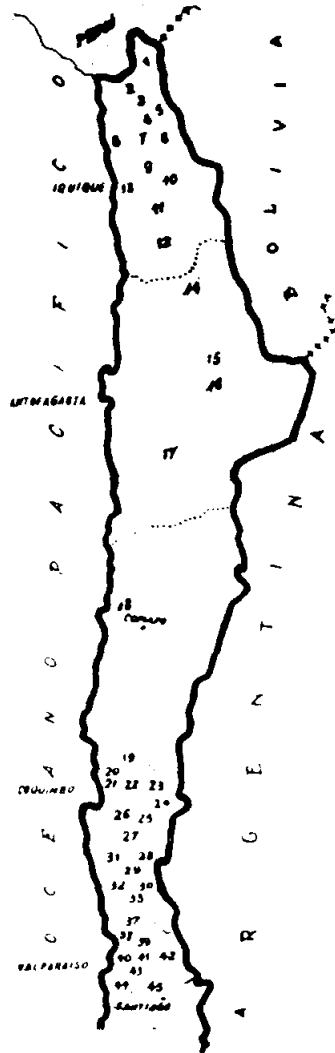
* * *

En el propósito de llegar a singularizar en un conjunto determinado de motivos y aspectos todos los ritos de esta celebración candelaria, es indispensable efectuar un breve símil entre éstos y los del santo ejemplo andacollino, bien considerado desde antaño como un patrón espiritual de expresión popular. No todos los promeseros de Andacollo visten el mismo disfraz. Son muchos los que dejan de usar sombreros y se caracterizan—especialmente los músicos—con la ancha faja y el culero. Un traje intermedio consulta una especie de ajustado sobrepelliz de tonos claros que les cubre hasta la cintura. Tapan su cabeza con un sombrerete cilíndrico sin alas y con aplicaciones, colgajos y topes; el que colocan sobre una blanca funda de lino que cae un poco sobre las espaldas—como las de los «spahis»— y los protege contra la solanera.

Interpretando diversas deformaciones de los tipos de sombre-



La milagrosa imagen de la Virgen de la Candelaria.

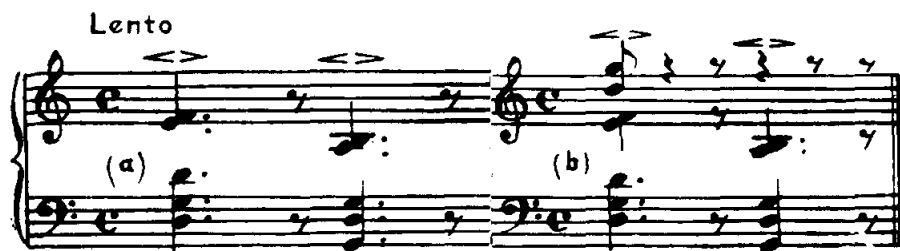


Mapa de las danzas rituales de Chile.

La romería de la Virgen de la Candelaria ocupa el número 18.



PASO PROCESIONAL



(libre versión del autor)



Visión de conjunto de las columnas danzantes, en la fiesta ritual de N. S. de la Candelaria.

ros citados, una minoría usa traje de gala que se asemeja al uniforme militar: prendas rígidas de tela oscura con flores y motivos bordados, cuello plegado y ceñida gorra inglesa de dos picos y pasador delatan a los más fervientes y especialmente a los «caciques» y «chinos» mayores. Los grupos propiamente musicales se confunden con los danzantes y abundan mucho los tamborileros con instrumentos de todos los tonos y dimensiones. Si predominan entre los danzarines los «flautones» y los bastones resonadores se complica esta selección con la cogida inescrupulosa de mandolinos, guitarras, acordeones, músicas de boca, peinetas, clarinetes, pitos, triángulos, panderetas, etc. Son los «free-lancers», con su mezquina indumentaria dignificada por una sencilla bandolera, los que aportan la nota más ingrata en un conjunto, donde la impecable disciplina de las compañías de *Chinos*, *Turbantes* y *Danzantes* ha logrado mantener un ceremonial ya bien determinado. Estas cohortes hacen ostentación de sus acometidas sincronizadas y especiales evoluciones que dan complemento al avance silencioso de los penitentes. Es la simulación del paso procesional, con su doble explosión instrumental, en «tutti», la que domina los movimientos; y el aspecto gráfico—bien cambiante, por cierto—de las prolongadas escenas semeja un brillante y soleado kaleidoscopio apenas uniformado con los tonos amarillos y dorados de las vestimentas.

* * *

En oposición a todas las sugerencias y cotejos que impone el cuadro anterior, los peregrinos y oficiantes que concurren a la Candelaria se circunscriben, cada vez con mayor fanatismo, a la tradición. Su afán de caracterizarse incluye auténticos valores de reintegración, aplicables a todos los órdenes del espectáculo. Desechando el traje típico del minero chileno, a mediados de la pasada centuria, lo han estilizado, por evolución, en un modelo de disfraz de tipo liviano. Entre otros detalles sintetizan a éste un ceñidor que une una amplia camisa a un pantalón corriente, cubriendo la cabeza con una copa ligeramente cónica y recargada de adornos. Puede complicarse esta estampa predilecta con el uso de varias piezas de vestir lujosamente bordadas y realzadas por una blanca pañoleta que apenas les cae sobre los hombros y por una vistosa banda, fajas y contrafajas que cubren gran parte del calzón corto y holgado. En todas estas indumentarias debe dominar un fondo celeste con aplicaciones azules y verdes.

Eliminando a la mujer de los ritos danzantes se hace notar el orgullo con que los afiliados lucen su disfraz; y, es de admirar la generalización con que las madres lo adoptan para sus hijos pequeños en días de peregrinación. Toma este vestir, y por esa fecha, el rango de un traje regional. La visualidad de los conjuntos, en movimientos, es efectiva y daría tema para auténticas estampas nacionales y gloriosas reviviscencias de culturas pretéritas.

* * *

En el aspecto coreográfico, la simplicidad impera en absoluto. Algunos «tamborileros» y figurantes actúan casi en el rango de solistas, situándose en el espacio central, mientras que los «flauteros» integran la doble columna danzante. Los componentes de éstas no disfrutan de la libertad de los solistas y están obligados a sincronizar imperturbablemente sus diversos pasos. Los del centro, vestidos, en general, más lujosamente efectúan figuraciones de gran espacio, portando banderines y algunos instrumentos que les puedan servir de elementos decorativos. Además de cajas y tambores se sirven de percutores asimilables por lo primitivo al «kultrun» araucano, pero con menos efecto de timbal. Muchos de estos semisolistas son exclusivamente mimos y, por cierto más discretos que los «diablos» de más al norte o los «free-lancers» de Andacollo. Se deja notar, en el plan general de las evoluciones un estrecho criterio de uniformidad en estricto acuerdo con la monótona imposición del paso procesional.

* * *

En las festividades candelarias no asoman ni los pitos y flautines del septentrión, ni las cuerdas y las otras estrafalarias adopciones de los andacollinos. Es música de conjunto la que ejecutan los flautones coronando, con un acorde volante, los dos rigurosos golpes que repite toda la percusión. No puede ser más estrecho el material melódico en uso y queda relegado a las voces. El azar es el que se encarga de resarcir esta pobreza con las novedades y sorpresas aportadas por las incorrecciones y caprichosas ocurrencias de los instrumentistas. A menudo impera un desacuerdo entre ambas familias sonoras: los «percutantes» sostienen el aire binario pero como los «sopladores» regatean los acentos, se ven obligados aquéllos a excitarlos con levísimas alteraciones en el ronco lenguaje de

los parches; y así, la fragmentación llega a percibirse. Es especialmente durante la procesión solemne cuando se puede disfrutar de estos relajados efectos. En la prolongada duración de la ceremonia interrumpida apenas por algún responso o alocución, o bien el consabido y universal himno «Oh María, Madre mía», huelgan algunas sabrosas observaciones de orden científico y artístico.

Si se puede asegurar que los conflictos rítmicos mencionados no alteran la regularidad del paso procesional, acatando la fórmula que rige aquí y en los diferentes actos rituales del Norte, cabría referirse a las interpretaciones de esta uniformidad. Los flautones apoyan, de ordinario, el tiempo fuerte (b) de la marcha binaria, pero también suelen hacerlo exclusivamente en los tiempos débiles; y todavía se aventuran hasta el acento de ambos tiempos. Se oponen los tamborilleros a esta pretensión, valiéndose de diversos arbitrios de celeridad o intensidad que originan fragmentaciones en el ataque de los parches; y, por su parte los sopladores desean insinuar su presencia y logran producir una apoyatura melódica al atacar la única nota plena que posee su primitivo tubo de caña. Toma, así, esta competencia el concurso de unos graznidos de cuervo y la fantástica resonancia degenera en un «tutti» atronador; en el cual se perciben, sin embargo, algunos «chispazos» sonoros del más arrojado efecto.

* * *

Los cánticos e himnos se han ido reduciendo cada año, pero actualmente dominan dos cantinelas místicas de auténtica vena criolla, en los compases regulares de «seis octavos» y «tres octavos», ritmos casi exclusivos de los aires norteros. Casi siempre actúa de salmista el «jerife» José Varas, a quien corean, cada dos versos, sus numerosos acólitos. Tanto éste, como otro jefe de grupo, adoptan un texto musical casi uniforme para entonar el cántico «Virgen, Madre, Candelaria», pero retienen solamente similares versiones literarias. Un aire más vivaz que el anterior sirve a los grupos volantes para dar contraste a la salmodia y todos rebozan de optimismo al entonar, en coro al unísono, un cándido villancete (cuatro versos de seis sílabas) cuyo solo nombre y letra «Propicio» es una auténtica invitación a la felicidad. Tan simple o ingenuo sentido domina también en las cuartetos octosílabas del Himno a la Virgen, canto máximo de la fiesta y verdadero conductor del ceremonial. Su sempiterna cadencia salmódica inicia y clausura las series de ofrendas.

En éstas el peregrino avanza hasta la sagrada imagen portátil; y, asistido por el jerife o alguno de los mantenedores del ritual, renueva sus votos anuales con agradecimientos o con regaños que no desentonen mucho de la pulcritud y del comedimiento con que ha sido presentado y recomendado a la Reina del Desierto.

Por la ruda grandeza con que refleja costumbres ancestrales y por la naturaleza polifacética de su contenido, este conjunto de ceremonias semeja una fiesta de la exaltación. No es la imaginación sonora la que más se enriquece con estas exhibiciones-audiciones de la más castiza tradición chilena, sino la visual, pese al reducido desarrollo de las escenas rituales. Aquel que ha visto, a pleno sol y en polvoroso ambiente, las evoluciones de tan heterogéneas como uniformes figuras danzantes, no podrá jamás olvidar el aspecto fantástico y el tono de leyenda de tan cautivador espectáculo.

Villancete «Propicio»



(Notación del autor al conjunto de Tierra Amarilla)

Himno «Reina y Madre»

(Notación del autor a Manuel Pozo y su conjunto)

SALUDOS A LA VIRGEN DE LA CANDELARIA

ALABANZA DEL JEFE CHINO

(coros y solos).

*Propicio, propicio,
la honra de Dios.
Virgen Candelaria.
Cuerpo del Señor.*

*Le pido, Señora,
le doy el valor,
déjenos llevarla
al pie del altar.*

*Propicio, propicio,
la honra de Dios.*

*Virgen Candelaria.
Cuerpo del Señor.*

*Le pido, Señora,
le doy el valor,
déjenos llevarla
al pie del altar.*

*Propicio, propicio,
la honra de Dios.
Virgen Candelaria.
Cuerpo del Señor.*

SALUTACION (solos y coros)

*Reina y Madre Candelaria
aquí los venimos' presentando
bandera, flauta y tambor
hoy te vienen saludando.*

*Virgen Madre Candelaria,
Virgen Madre poderosa,
hoy gloria te vienen dando
en tu santo milagroso.*

*Dale en gracia, promeseros,
dale en gracia, con fervor,
y a la Reina de los Cielos
le ha dado su bendición.*

*Recíbelos, Candelaria,
recíbelos, por favor,
serán tus fieles romeros
que adoran tu altar mayor.*

*Qué Madre tan humanitaria
hoy la vienen buscando
a tus hijos Reina y Señora
hoy se vienen entregando.*

*Virgen Madre Candelaria,
ya lo' vamo' a retirar,
será hasta las tres de la tarde,
te vendremo' a venerar.*

*Será el batir de la flauta
y el redoble del tambor;
yo batiré mi bandera
sí el Señor me da el valor.*